

*Más allá del equinoccio
de primavera*





*Más allá del equinoccio
de primavera*



NATSUME SŌSEKI

*Traducción del japonés a cargo de
Yoko Ogihara y Fernando Cordobés*



IMPEDIMENTA



DESPUÉS DEL BAÑO

I

DESPUÉS DE VARIOS DÍAS, Keitaro ya se había cansado de emplear todas sus energías en la búsqueda de un trabajo sin lograr un resultado mínimamente prometedor. Si solo se tratara de ir de acá para allá, se daba cuenta, no habría supuesto un problema para él, dada su fuerte constitución, pero las cosas no marchaban como él había esperado y empezaba a sentirse paralizado al comprobar cómo se le escapaban de las manos. Notaba que la cabeza le empezaba a fallar.

Una noche, a la hora de cenar, abrió medio enfadado varias botellas de cerveza que en realidad no tenía ganas de beber, e hizo todo lo posible por procurarse cierta alegría. Sin embargo, por mucha cerveza que bebiera no tenía forma de ocultar lo forzado de su empeño, y al final se resignó a llamar a la criada para que retirase las cosas de la cena.

La criada lo miró a la cara nada más verlo.

—¡Señor Tagawa! —exclamó—. ¡Válgame el cielo, señor Tagawa!

Keitaro se acarició el rostro.

—Estoy rojo, ¿verdad? —dijo él para responder de algún modo a su sorpresa—. No debería exponerme a la luz eléctrica con la cara de este color. Iré a acostarme. Ya que estás aquí, ve a prepararme la cama.

Salió enseguida al pasillo para evitar cualquier otro comentario de la criada. Después del baño, se acostó inmediatamente y murmuró para sí que se tomaría varios días de descanso.

Se despertó dos veces en plena noche. La primera por culpa de la sed, la segunda por culpa de un sueño. Cuando abrió los ojos por tercera vez ya clareaba a su alrededor. Se dio cuenta de que todo empezaba a funcionar, pero volvió a cerrar los párpados sin dejar de repetirse que debía descansar. Aún no había pasado mucho tiempo cuando escuchó con total claridad cómo daba la hora un reloj. Por mucho que lo intentó, fue incapaz de volver a conciliar el sueño. No tuvo más remedio que ponerse a fumar sin levantarse siquiera de la cama, y así se quedó hasta que la ceniza del cigarrillo cayó sobre la almohada blanca. A pesar de todo, estaba firmemente decidido a no moverse, pero la intensa luz que se colaba por la ventana orientada al este terminó por provocarle un ligero dolor de cabeza. No le quedó otra que abandonar su propósito. Se levantó, salió a la calle con un palillo entre los labios y una toalla en la mano y se dirigió a los baños públicos.

El reloj marcaba las diez pasadas. En la zona de las duchas estaban ya dispuestos los cubos y las banquetas para lavarse. Solo había una persona en la gran bañera, absorta en

la contemplación de la luz que penetraba en la sala a través del cristal. Se trataba de Morimoto, un huésped de la misma casa donde él se alojaba. Le dio los buenos días. Morimoto respondió a su saludo.

—¿Se presenta a estas horas en el baño con un palillo en la boca? Eso explica por qué no vi ayer la luz encendida en su habitación.

—La luz de mi cuarto estaba encendida al caer la tarde —puntualizó Keitaro—. A diferencia de usted, yo llevo una vida ordenada y apenas salgo por la noche.

—Es cierto, tiene usted una conducta ejemplar. Lo envidio.

Keitaro se sintió avergonzado al escuchar sus palabras. Morimoto seguía sumergido en la bañera, sin moverse, con el agua a la altura del diafragma. Parecía disfrutar del calor a pesar de su gesto serio. Contempló el mostacho humedecido por el agua y ligeramente caído de aquel hombre despreocupado.

—Olvidémonos de mí —dijo Keitaro—. ¿No piensa acudir a su trabajo en la estación?

—Hoy es festivo —contestó Morimoto mientras se daba la vuelta para apoyar los codos en el borde de la bañera y, con aire perezoso, descansar el peso de la cabeza en sus manos, como si sufriese de jaqueca.

—¿De qué festivo habla? —preguntó sorprendido Keitaro.

—Un festivo sin ningún motivo concreto. Me he tomado el día libre.

En ese momento, Keitaro creyó haber encontrado en él a un semejante y, sin pensárselo dos veces, repitió sus palabras:

—Se ha tomado el día libre.

—Eso es. El día libre —dijo él sin cambiar de postura.

HASTA QUE KEITARO no estuvo sentado frente a un cubo de madera y el encargado del baño no hubo empezado a frotarle la espalda, Morimoto no se decidió a salir del agua. Tenía el cuerpo enrojecido y parecía desprender vapor, con una expresión de bienestar en el rostro. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se admiró del cuerpo musculoso de Keitaro.

—¡Vaya! Se lo ve a usted en forma —dijo.

—Últimamente no me encuentro tan bien, no se crea.

—Pues, si usted no se encuentra bien, ¿cómo estoy yo entonces?

Morimoto se dio unos golpecitos en la tripa. Tenía el estómago hundido, como si se le hubiese adherido a la espalda.

—Mi condición física empeora día a día por culpa del trabajo —dijo—, pero debo reconocer que he descuidado mucho mi salud.

Soltó una risotada y Keitaro se esforzó por seguirle el juego.

—Hoy tengo tiempo libre. Puedo escuchar alguna de esas historias tuyas, hace tiempo que no me cuenta ninguna.

Morimoto pareció animarse.

—¡Cómo no! Hablemos.

Sin embargo, solo fueron sus palabras las que desprendieron algo de energía. Por su forma de mover el cuerpo, más que lentitud, se notaba en él una cierta indolencia, como si el agua caliente de la bañera hubiera terminado por cocer sus músculos.

Mientras Keitaro se enjabonaba la cabeza y se frotaba las endurecidas plantas de los pies, Morimoto continuó sentado en el suelo, sin cambiar de posición ni dar muestras de

tener intención de lavarse. Al final se metió de nuevo en la bañera, como si alguien hubiera arrojado su cuerpo delgado al agua, y, cuando Keitaro terminó, salió para ir a secarse.

—Qué bien y qué limpio se siente uno cuando se da un buen baño de agua por la mañana, aunque solo sea de vez en cuando, ¿verdad?

—Sí —respondió Keitaro a su pregunta—, y más en su caso, supongo, porque no se lava con jabón. Quiero decir, no parece que el baño tenga un propósito práctico para usted, solo el puro placer.

—No tiene nada de particular. Me da pereza lavarme. Eso es todo. Me gusta bañarme así, distraídamente. Por el contrario, se lo ve a usted mucho más esforzado y entregado que yo. No se ha dejado ni un centímetro de piel sin frotar, de la cabeza a los pies. Y por si fuera poco usa palillos de dientes. Admiro toda esa minuciosidad.

Salieron juntos de los baños públicos y Morimoto le dijo que debía ir al centro a comprar papel para escribir. Keitaro pensó en acompañarlo, pero, nada más doblar la esquina hacia el este, la calle se transformó en un barrizal. La lluvia de la noche anterior lo había empapado todo y los caballos, los coches y los transeúntes que habían pasado por allí desde las primeras horas del día habían terminado por convertir la tierra mojada en un verdadero lodazal. Los dos atravesaron la calle con una mezcla de desagrado y desdén. El sol ya estaba en lo alto del cielo, pero del suelo aún emergía el vaho de la mañana, dibujando pequeñas ondulaciones en el horizonte.

—Me habría gustado que viera esta misma calle al amanecer —dijo Morimoto—, pero se ha levantado usted tarde. El sol brillaba, aunque había una densa capa de niebla. Los

pasajeros del tranvía parecían figuras de un teatro de sombras sobre un *shoji*. El sol estaba justo al otro lado y proyectaba sus siluetas grises dándoles un aspecto casi monstruoso. Una visión extraña.

Morimoto entró en una papelería y salió al cabo de un rato con el quimono hinchado a la altura del pecho, repleto de papeles y sobres que acababa de comprar. Keitaro lo esperaba fuera. No tardó en reorientar sus pies en la misma dirección por la que habían venido. Regresaron juntos a la casa de huéspedes. Subieron las escaleras con pasos pesados y Keitaro abrió la puerta de su habitación.

—Entre, por favor —invitó a Morimoto.

—Es casi mediodía —respondió él.

A pesar de su aparente resistencia, entró en la habitación sin demasiada vacilación, con una actitud despreocupada.

—La vista desde aquí siempre me ha parecido excelente —dijo mientras recorría el *shoji* de la ventana y colgaba su toalla en el exterior.

3

DESDE HACÍA CIERTO TIEMPO, Keitaro sentía curiosidad por aquel hombre que iba a pie hasta la estación de Shinbashi cada mañana y que apenas caía enfermo a pesar de una evidente delgadez. Debía de tener más de treinta años, a pesar de lo cual aún vivía en una casa de huéspedes. Trabajaba en la estación, pero Keitaro no conocía la naturaleza de la labor que desempeñaba allí y para él seguía siendo un completo misterio. A veces iba a Shinbashi a despedir a alguien, pero

no era capaz de relacionar la estación con Morimoto. Tampoco había aparecido nunca por sorpresa y le costaba incluso recordar su existencia. Si empezaron a saludarse en determinado momento fue solo porque llevaban mucho tiempo alojados en la misma casa de huéspedes.

La curiosidad de Keitaro respecto a Morimoto no se debía tanto a su vida actual como a su pasado. En una ocasión le explicó que había sido un marido devoto, padre de un niño que había muerto al poco de nacer. Keitaro recordaba bien sus palabras de entonces: «Puedo decir que la muerte de mi hijo me salvó a mí. Tenía mucho miedo de la maldición del *sanjin*»,¹ le había dicho. Keitaro nunca había oído hablar del *sanjin*. No tenía ni idea de lo que era. Morimoto le explicó que se trataba de un dios de la montaña, pero que su nombre se pronunciaba a la manera china. Quizá por eso aún recordaba aquella curiosa palabra. Keitaro pensaba que el pasado de aquel hombre tenía un cierto aire romántico, como el aura de luz de la cola de un cometa.

Al margen de las anécdotas sobre las mujeres con las que se había juntado para separarse poco después, Morimoto había protagonizado otras muchas aventuras. Decía que aún no había ido a cazar focas a la isla de Tiuleni, pero aseguraba haber ganado mucho dinero con la pesca del salmón en algún lugar de Hokkaido y había hecho correr el rumor de que había encontrado una veta de antimonio en una montaña de Shikoku de la cual aún no se había extraído nada. Pero lo más extravagante de todo era su proyecto de montar una

1. Como dice el texto, el *sanjin* es un dios de la montaña, pero antiguamente también se utilizaba esta palabra como otro modo de referirse a las esposas. (*Todas las notas son de los traductores.*)

fábrica de escanciadores. Se le había ocurrido al darse cuenta de que en Tokio había muy pocos artesanos capaces de fabricarlos. Quería popularizar su uso en los barriles de sake. Su proyecto, sin embargo, no llegó a buen puerto, pues se peleó con el artesano al que había hecho venir desde Osaka con ese propósito; aún se lamentaba de aquel fracaso.

Al margen de los negocios, tampoco es que anduviera escaso en anécdotas relacionadas con la vida cotidiana. Solía contar que, en algún lugar del curso superior del río Chikuma, había visto a una gran cantidad de osos echándose una siesta sobre unas rocas. También hablaba de acontecimientos menos usuales, como cuando se cruzó con un ciego que estaba escalando el monte Togakushi, una cumbre demasiado escarpada incluso para hombres en perfectas condiciones físicas. Los peregrinos que pretendían alcanzar el santuario de la cima del monte Togakushi estaban obligados a pasar una noche a mitad de camino, por muy buenas piernas que tuvieran. Era más o menos allí donde Morimoto se disponía a pasar la noche, al amor de una lumbre que él mismo había encendido. Entonces le pareció escuchar el sonido de una campana. Extrañado, se estaba preguntando qué sería aquello cuando de pronto el ciego se presentó ante él. El hombre lo saludó y continuó su camino sin detenerse. Keitaro no dio crédito a lo que oía y le preguntó más detalles, hasta comprender que en realidad el ciego iba acompañado de un guía y era ese guía quien hacía sonar una campana colgada de su cintura para que el ciego no se perdiese. A pesar de las explicaciones, la historia aún le resultaba de lo más extraña.

Morimoto no terminaba nunca con sus delirantes historias. En una ocasión, de sus labios ocultos tras un mostacho

descuidado había salido un relato que más bien parecía un misterio insondable. Había ido al valle de Yabakei para visitar el templo de Rakanji. Estaba descendiendo por un camino flanqueado por grandes cedros, al atardecer, cuando se cruzó con una mujer. Iba muy maquillada, con los labios pintados, el pelo recogido en un moño típico de las bodas, un quimono de mangas largas ceñido por un elegante *obi*. Caminaba deprisa en dirección al templo. Morimoto se preguntó si no sería demasiado tarde para subir hasta allí. El templo ya había cerrado sus puertas, pero eso no impidió que la mujer continuase sin detenerse por el oscuro camino, vestida con su ropa de gala.

Cada vez que escuchaba historias como aquella, Keitaro se quedaba boquiabierto y, a pesar de su incredulidad, siempre tenía ganas de más.

4

KEITARO PENSABA QUE Morimoto también iba a empezar con sus historias aquel día, y por eso se tomó la molestia de acompañarlo después de salir de los baños públicos. Keitaro acababa de graduarse en la universidad y la experiencia de un hombre no mucho mayor que él como Morimoto no solo le resultaba de gran interés, sino también provechosa en cierto sentido.

Keitaro era un joven romántico que desdeñaba el día a día casi como si se debiera a una predisposición genética. Cuando tiempo atrás se publicaron en el Asahi de Tokio una serie de relatos firmados por un tal Otomatsu Kodama, los

fue leyendo a diario con avidez, como si aún no fuera más que un estudiante imberbe. Le interesaban especialmente los pasajes en los que Otomatsu describía cierto tipo de episodios, como aquel en el que luchaba contra un pulpo gigante que había emergido de su guarida en las profundidades. Entusiasmado, Keitaro le contó la historia a un compañero de clase, le explicó cómo el protagonista disparaba su pistola contra la gran cabeza del pulpo con el único resultado de que la bala rebotaba sin causarle daño alguno. Poco después emergían pulpos más pequeños detrás de él y formaban un anillo a su alrededor. El protagonista se preguntaba qué iban a hacer, pero ellos se limitaban a actuar como espectadores interesados en ver quién de los dos ganaría la pelea. Después de escucharlo, su compañero le dijo medio en broma que alguien con unos intereses como los suyos no tenía pinta de querer ganarse honradamente la vida con un puesto de funcionario. En lugar de luchar por una plaza en alguna administración pública, le sugirió que se marchase al Pacífico Sur para dedicarse a cazar pulpos. A partir de entonces, sus amigos empezaron a llamarlo «Tagawa, el cazador de pulpos» y después de graduarse, si se encontraban por ahí en su búsqueda de trabajo, le preguntaban cómo había ido la caza del pulpo.

Dedicarse a cazar pulpos en el Pacífico Sur era algo demasiado peculiar incluso para alguien como Keitaro. Carecía del arrojo suficiente como para tomárselo en serio. No obstante, sí consideró la posibilidad de dedicarse al cultivo del caucho en Singapur. Se veía a sí mismo como capataz de una plantación, guarecido en una cabaña de madera rodeada de miles y miles de árboles de caucho perfectamente cuidados.

Para cubrir el suelo desnudo de la cabaña, se veía cazando un gran tigre al que arrancaría la piel. También colgaría de la pared unos cuernos de búfalo, junto a sus armas, y justo debajo pondría la katana, debidamente guardada en su funda decorada con finos brocados. Se acomodaría en el sillón de ratán que tendría en la amplia terraza y fumaría un gran cigarro habano de intenso olor sin quitarse el gran turbante blanco de la cabeza. Más aún. A sus pies se agazaparía un misterioso gato negro de Sumatra, con un pelaje tan suave como el terciopelo, con unos ojos color oro y una cola mucho más larga que su cuerpo.

Una vez reunidos los elementos que satisfacían sus caprichos, calculaba cuánto le costaría todo aquello. Para su decepción, no tardó en comprender que le haría falta una considerable cantidad de dinero y también de tiempo para estar en situación de arrendar una plantación de esas características. Después de ese gran esfuerzo, además, no le resultaría fácil despejar la jungla, plantar los árboles, obtener otra considerable cantidad de dinero para continuar con la empresa, contratar a cientos de trabajadores y, al final de todo, esperar inevitablemente seis años hasta que los árboles crecieran y empezasen a producir. Quizá, pensó al fin, tanto esfuerzo no mereciera la pena. Y no solo eso. Una persona que sabía mucho de caucho le ofreció algunos detalles. Le aseguró, por ejemplo, que en poco tiempo la oferta de caucho superaría con creces la demanda, los precios se desplomarían y eso provocaría una debacle entre los productores. Fue entonces cuando decidió no volver a tomarse la molestia de pronunciar la palabra caucho nunca más.